

TERESA.

¡Mi padre! ¡Dios clemente!

FRANCISCO.

Es forzoso que te exija.....
(Señalando el bolsillo. Teresa, corre hacia Don Francisco, pero Luis la detiene con el brazo y la hace retroceder, al mismo tiempo que Doña Juana y Don Francisco bajan las frentes.)

LUIS.

¡Padre, y deshonor a su hija!
—Ese no es tu padre, ¡miente!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Sala en casa de D. Francisco.—Mesa, etc.—Puerta fondo y laterales.

ESCENA I.

DON FRANCISCO.

¡En vano mi corazón
Angustiado se violenta
En conjurar la tormenta
De mi extraña situación!
De fortuna en los reveses
Difícil es encontrar
El modo de conciliar
Afecciones é intereses.....
(Viendo aparecer á Luis.)
¡Ah! ¡y se atreve á volver!...
¿Qué quiere usted?

ESCENA II.
DON FRANCISCO y LUIS.

LUIS.

Casi nada....

FRANCISCO.

Esta casa está cerrada
Para usted.

LUIS.

Bien puede ser;
Pero he de encontrarla abierta
Mientras no cierre mi herida,
Mientras la deshonra impida
Que salga por esa puerta.
Tío, usted no se enoje:
Me escucha, ó de lo contrario,
Si usted puede, es necesario
Que por el balcon me arroje.

FRANCISCO.

¿Me amenazas?

LUIS.

No amenazo

A usted; pero me interesa
Que estando unido á Teresa
Con tan poderoso lazo,
El lazo de amor, más fuerte
Que el que con usted la liga,
Al mundo entero le diga.

FRANCISCO.

Ya te comprendo.

LUIS.

[Con tono de ligera súplica.]

Su suerte

No puede ser más tirana.....

FRANCISCO.

Yo sé lo que debo hacer.

LUIS.

Haga usted porque de ayer
Nadie se acuerde mañana;
Piense usted que un porvenir
Pudiera acaso robarme.....

FRANCISCO.

(Con altivez.)

¿Tú eres quien ha de enseñarme
Mi obligacion á cumplir?

LUIS.

Era una noche en que yo
Velaba en un hospital,
Cuando con pena mortal
A mi presencia llegó
Triste mujer desolada,
Porque en su casa moría
Una infeliz, y pedía
Amparo la desdichada.
Salí á la calle tras ella,
Llegué á una humilde mansion
Donde la consternacion
Había estampado su huella.
Me acerco á un lecho: un instante
Se agita y se desaliña
Una mujer, casi niña.
El moribundo semblante
Volvió con honda inquietud,
Clavó sus ojos en mí,

Y un reflejo en ellos ví
De su hermosa juventud
¡Pobres mujeres! Impía
Tratábalas la fortuna:
Doña Juana era una,
Teresa la que moría.
Su afflictiva situacion
Ablandara hasta los bronces.
¿Dónde estaba usted entonces,
Cumpliendo su obligacion?
Culto rendí á su pobreza,
Triunfó la ciencia entre tanto,
Y su virginal encanto
Recobró naturaleza.
A su amarga soledad
Era forzoso acudir,
Y á un seguro pervenir
De llanto y mendicidad.
Y busqué, sin que de mí
La proteccion sospecharan,
Trabajo con que alcanzaran
Honra y paz.—Y si les dí
Ayuda, aumentando el precio
De sus labores ufano,
No las expuso mi mano
Al desdén del vulgo necio.
A aliviar su condicion
Contra su destino impío.....
¿En dónde estaba usted, tío,
Cumpliendo su obligacion?
Así transformé su hogar

En cielo de la alegría,
Y en él la esperanza mía
Pensó su ventura hallar.
Ella á mí nada me exige,
Mi posicion ignoró:
Ni ella me lo preguntó
Ni yo nunca se lo dije.
Con tan entrañable amor
Juzgue usted si esta querella.....

FRANCISCO.

Casarte puedes con ella.

LUIS.

Devuélvale usted su honor.

FRANCISCO.

Honrada es.

LUIS.

Pensar no puedo

Que usted.....

FRANCISCO.

Sabes la verdad.

LUIS.

Yo sé que la sociedad

La señala con el dedo.

FRANCISCO.

¡Luis!

LUIS.

Ponzoñosa serpiente

La vil calumnia la enlaza,

Y la aprieta y despedaza

Su corazon inocente.

FRANCISCO.

(Disculpándose.)

Para ocultarme, jamás
Esquivara un sacrificio.

LUIS.

Como la virtud, el vicio
Si se oculta, se ve más.

FRANCISCO.

Y ¿puede hacer otra cosa?

LUIS.

La mujer desventurada
Que por su amor arrastrada . . .

FRANCISCO.

(Interrumpiéndole.)

¡No debía ser mi esposa!

LUIS.

Si fueron sus intenciones

FRANCISCO.

(Indignado profundamente.)

¡Y que así por todo pases!

Hay diferencia de clases,

Hay distintas condiciones

En la mujer y en el hombre;

Esto al pensamiento salta.

LUIS.

Al cometer una falta

Se puede olvidar el nombre

Que uno lleva, nada es

Que una existencia se pierda;

Después . . . después . . . ¿Quién se acuerda

De lo que pasa después?

Brota un capricho, un anhelo

Que el corazón satisface

Y nace un sér como nace

Una vil planta en el suelo.

Planta sin nombre que crece

Al rigor de suerte esquiva:

Nada interesa que viva,

Nada si desaparece.

Llega un día y la tormenta

Su tallo troncha, la mata,

Y el alquilon la arrebató

En su carrera violenta.

Del olvido en lo profundo

Su destino la sepulta;

Mas para Dios no hay oculta

Ninguna planta en el mundo.

Una conozco que crece,

De esas que el mundo desprecia

¡Ay, si la tormenta arrecia

Y el alquilon embravece!

Ay, si entre el polvo del vicio

Siempre ignorada se queda,

Y allí despeñada rueda

Al fondo del precipicio!

Ya sabe su nombre un hombre,

Solos estamos los dos

¡Piense usted que para Dios

No hay una planta sin nombre!

(Luis se vá por el fondo, pero sin ser visto por su tío, que ha quedado abismado en profunda reflexion, vuelve á atrave-

*salir la escena y se queda en la casa,
desapareciendo por una puerta lateral.)*

ESCENA III.

DON FRANCISCO.

¡Sin nombre! . . . ¿Y yo le he de dar
El mío? No, ¡por mi vida!
Luis, que su origen olvida,
Todo lo ha de exagerar!
Si un tiempo la abandoné
A su suerte desdichada,
Hoy vive por mí amparada,
Y siempre la ampararé.
—La sociedad. . . Y ¿quién hace
Porque se calle? . . . Callar!
Con dejarla murmurar,
Pronto se le satisface.
Habla un día, dos ó tres
De un asunto, y llega al pasmo
Su desprecio ó su entusiasmo
Para olvidarlo despues.
—El tal Luis es temerario,
Sólo pensarlo me exalta.—
Hacer pública una falta,
Nunca es ¡por Dios! necesario.
De aquí á dos horas, Teresa
En Méxicó no estará,
Y todo se olvidará.
Luis, que su amor me confiesa,
La buscará, pues la adora,
La hace su esposa, y un día

Ve trocarse en alegría
El afán que hoy le devora.

ESCENA IV.

DON FRANCISCO y DOÑA JUANA

FRANCISCO.

Juana ¿qué quieres aquí? . . .
¡Oh, la cólera me abrasa!
Te ven entrar en mi casa,
Y ¿qué se dirá de mí?
Hasta hoy ignora la gente
Que soy yo quien te visita:
Habla, ¿qué quieres? me irrita
Esa conducta imprudente.

JUANA.

No me deja usted hablar. . .
Es que Teresa. . .

FRANCISCO.

¿Qué pasa?

JUANA.

Que se ha salido de casa.

FRANCISCO.

Y que eso llegue á escuchar!

JUANA.

Todo estaba preparado,
Todo listo para el viaje:
Llegó á la puerta el carruaje,
Y á Teresa no he encontrado.

FRANCISCO.

Lo cuentas con una calma. . . .

JUANA.

¡Y eso se atreve á decir
A quien de tanto sufrir
Tiene destrozada el alma!
Dios lo quiere, se ha cumplido
En mí su justa sentencia,
Sufra yo por mi imprudencia
Castigo tan merecido.

FRANCISCO.

Juana! Juan!

JUANA.

Ella vivía

Dichosa con mi agasajo,
Feliz con ese trabajo
Que la Providencia envía;
Pero usted su padre era,
Y no le pude negar
Que su suerte mejorar
Con tanto empeño quisiera.
Tambien la riqueza daña,
Pues al esplendor del oro
Perdió su honor el tesoro
Que á la pobreza acompaña.

FRANCISCO.

Basta, basta de sermon;
Buscarla al punto

JUANA.

He querido

Buscarla

FRANCISCO.

(Asaltado por una repentina idea.)

¡Ah, Luis ha sido!

JUANA.

Don Luis! Don Luis!

FRANCISCO.

¡Maldicion!

El me la arrebató, sí;
Le voy al punto á buscar,
Y si le llevo á encontrar,
Ya se acordará de mí.

—Usted de aquí no se mueva:

Entre usted á este aposento.

(Vase Juana.)

Hija! mi hija! . . . ¡Oh tormento!

¡El infame se la lleva!

ESCENA V.

LUIS [saliendo.]

¿Dónde está? Le ví exaltado

Hablar, sí; sin duda él era.

(Se acerca á la puerta del fondo y observa.)

Bajando está la escalera

Con paso precipitado.

(Baja al proscenio.)

—¡Qué lástima! su cabeza

Aún exaltada remueve

En el siglo diez y nueve

Los timbres de su nobleza.

Tan rancia preocupacion

Le domina todavía,

Que sueña con la hidalguía

De su vetusto b'ason.

Olvida que en toda edad

El mundo fué siempre el mismo.

Virtud, miseria, egoísmo
¡Esto eres, humanidad!
Que como fué la pasada,
Es la actual generacion:
Hoy, con levita y baston,
Ayer con capa y espada.
—Ah! ¡si él la amara! Al sentir
Por su hija un amor profundo,
Se olvidaría del mundo
Y, otro fuera el porvenir:
Que al dar en su corazon
Un grito naturaleza,
Olvidara su nobleza,
Sus timbres y su blason.

ESCENA VI.
DICHO, TERESA Y SANTIAGO.

LUIS.

[Ella aquí. . . . Teresal. . . .]

TERESA.

[El.]

LUIS.

(Mi mente acaso delira.)

TERESA.

[Huye de mí, se retira.]

LUIS.

(¿A qué ha venido?)

TERESA.

(Crúel,

Que ni siquiera me mira.)

LUIS.

(¿He de vivir siempre así,

Esclavo de su hermosura,
Sin que luzca para mí
Ese sol de la ventura
Que en su ocaso hundirse ví?)

TERESA.

(¿Mi afan eterno ha de ser
Sin límite á mi dolor?
¿Trocada al fin he de ver
Cuna que fué del placer
En sepulcro de mi amor?)

SANTIAGO.

(*Avanzando y colocándose entre los dos.*)
Señor, ¿qué es esto que veo?
¿Es posible lo que miro?

TERESA.

¡Ay! . . .

SANTIAGO.

Oiga usted el suspiro
De su pecho. . . .

TERESA.

¡Yo deliro!

SANTIAGO.

Lo estoy viendo y no lo creo.

(*A Luis.*)

Si anoche no abandonó
Su casa, aunque no le cuadre,
(*Movimiento de Luis.*)

Oiga usted, fué que sintió
Que su pecho conmovió
La santa voz de su padre.
Comprendía que luchaba

Contra su pena impotente;
El mundo los separaba,
Que entre los dos arrojaba,
Su calumnia maldiciente,
Y... ¡adios! por siempre le dijo
El labio de usted, señor.
Aun ella su amor bendijo....

LUIS.

(Acercándose á Teresa.)

¡Ay, amor!... mi regocijo!....)

TERESA.

(Acercándose á Luis.)

¡Ay, amor!... ¡mi dulce amor!

LUIS.

¡Teresa!....

TERESA.

¡Luis!

LUIS.

Otra vez

Nos pone cerca el destino
Contrariando tu esquivéz.

TERESA.

Usted que ha sido mi juez,
Ya me ha trazado el camino
Que los dos seguir debemos.
Tiene el de usted blancas flores,
El mío, espinas... de amores
Sólo un recuerdo tendremos
De aquellos días mejores
Tendré yo, ¿usted? ¡quién sabe!.....
Luce el mundo tantas galas

Y tanta dicha en él cabe....
Yo lo veré como el ave
A quien le cortan las alas.
Viva usted en él gozoso,
Halagado por los buenos.
—¡Qué porvenir tan hermoso!
Si sé que es usted dichoso,
Voy á sufrir mucho ménos.

LUIS.

¡Oh, calla, Teresa mía!
Que si anoche sin razon
Pude ofenderte, sufría
Tanto y tanto, que se hacía
Pedazos mi corazón.
Quise arrancarte de allí,
De aquel lugar de amargura
Donde perdida creí
Para siempre la ventura
Que amándote concebí.
Y aumentaste mi dolor
Al desdeñarme inclemente.....

TERESA.

No era desden, era amor
Que se humillaba al rubor
Que está quemando mi frente.

LUIS.

Mañana al mundo diré
Que libre de culpa estás;
Que tu padre.....

TERESA.

Calla, que

Nada al mundo le dirás,
Que yo te lo impediré.
Secretos de un padre son,
Y al padre mío respeto;
Él, sujetó á su secreto
Vive. . . . Mi ardiente pasión
A sus pasiones sujeto.
Ayer me dijiste adios
Cuando de mi lado huías;
Después de mi duelo en pos,
Ví correr entre los dos
Todas las lágrimas mías.
Y al separarnos un mar
De llanto, llegué á saber
Al fin de tanto pensar,
Lo que tengo de esperar
Y lo que tengo que hacer.
¡Adios! Luis, déjame aquí:
Sola me trajo el dolor,
No hagás mi pena mayor.

LUIS.

(Hablando consigo mismo.)

¡Si ser pudiera! . . . Sí. . . . Sí. . . .

(Después de una mirada de profundo cariño.)

—La está matando su amor!

ESCENA VII.

SANTIAGO y TERESA.

TERESA.

Santiago, Santiago, ven,
Como siempre á socorrerme;
Siento que voy á caerme
Si me falta tu sosten.
Tú por él me conociste,
Y ya ves cómo te pago:
(Haciéndole una demostración de cariño.)
Haz hoy sus veces, Santiago.
¡Qué triste estoy, ay, qué triste!

SANTIAGO.

Que no la abata la suerte.

TERESA.

En vano alentarme quiero:
Cruzando estoy un sendero
Que va derecho á la muerte.

ESCENA VIII.

DICHOS y D. FRANCISCO.

FRANCISCO.

¡Teresa!

TERESA.

¡Padre!

FRANCISCO.

(Aquí estaba.)

¡Por qué á esta casa viniste?

TERESA.

Cuando tú á la mía fuiste,
Padre, yo no te esperaba.

FRANCISCO.

Díme, qué tu afán desea,
Puesto que así te aventuras.

TERESA.

Como tú, he venido á oscuras
Para que nadie me vea.

FRANCISCO.

Teresa, ya no resisto.

TERESA.

¿Y puedo yo resistir?
Nadie me ha visto venir.
¿Qué temes, si no me han visto?
Yo dejé la casa aquella
Para no volverla á ver;
Antes te quise traer
Lo que tú llevaste á ella.

FRANCISCO.

¡Teresa!

TERESA.

Sí, es muy sencillo,
Y me darás la razón.
Parte está en tu corazón,
Parte en este cofrecillo.
*(Se acerca á la mesa, coloca en ella una
caja de alhajas y la abre.)*

Perlas, brillantes, ¡qué exceso!
¡Eso vale una fortuna!
Si no meciste mi cuna,
¿De qué me sirve todo eso?
¿De qué me sirve? Ignorabas
Que si la suerte abandona
Mas . . . ¿qué tienes? ¡Ah, perdona,
Me pareció que llorabas!
¿Por qué me amparaste, padre?
Al fin, todo era un capricho.
Todavía no me has dicho
Cómo se llamó mi madre.
Con ella al punto me iría
A gozar su dulce halago:
Ahora me voy con Santiago;
Dejo á usted, dejo á mi tía.
Por ella lo siento más,
Que de madre me sirvió;
Mas una herida me abrió
Que no ha de cerrar jamás.

FRANCISCO.

Es que la ley

TERESA.

La ley, sí,
De fijo me ampararía.
¿Qué ley volverme podría
A donde el honor perdí?
Perder . . . sí, perdí el honor,
Yo lo entrego á tu albedrío;
Pero mi amor ¡Oh, Dios mío!

¿Quién me devuelve mi amor?
Mi amor, padre. deshonrada,
¿Quién puede darme su nombre?
¡Amaba yo tanto al hombre
Que me quiso por honrada!
Él, que es tan noble, sería
Con mi desgracia indulgente.
No ha de ser, porque su frente
No está al nivel de la mía.

FRANCISCO.

(Se trastorna mi razon.)
¡Oh dolor! y así marcharte.

TERESA.

El dolor es la otra parte
Que estaba en tu corazón:
Dolor me llevaste allí,
Dolor te traigo, perdona,
En cambio de la corona
Que me quitastes á mí.
¡Adios, padre! la pobreza
Me llama á un rincón oscuro
(Con ironía.)
Porque se conserve puro
El blason de tu nobleza.

ESCENA IX.

DICHOS, JUANA que sale por un lado y LUIS que sale por el otro.

JUANA.

[A Francisco.]

¿Y así la dejas marchar?

LUIS.

[A Francisco.]

¿Y así la deja usted ir?

FRANCISCO

[Aparte.]

Vivir sin ella, vivir
Y no volverla á mirar!

JUANA.

En este anhelar profundo
No podré vivir ni un día.

[A Francisco.]

FRANCISCO.

(A Teresa.)

Espera. (Es ella, ¡alma mía!

[Aparte.]

Mi único amor en el mundo.)

JUANA.

Preciso es que á usted dirija.

SANTIAGO.

(Desde la puerta sosteniendo á Teresa.)

Ese hombre es piedra, no es hombre.

LUIS.

Déle usted un nombre.

JUANA.

(Suplicante.)

Un nombre!

LUIS.

Ella es mi amor!

JUANA.

¡Es mi hija!

FRANCISCO.

¡Bendito Dios soberano!
¡Teresa, abraza á tu madre!

(*A Luis.*)

¿Estás satisfecho?

LUIS.

¡Padre,
Déme usted á besar su mano!

FIN.



POR EL JOYEL DEL SOMBRERO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Al eminente dramaturgo español D. Enrique Gáspar.
Su hermano,

José Peon y Contreras.